



Actualidad de las robinsonadas

Francisco Cubells Salas

Diez libras recibió Defoe del editor William Tylor, un día de abril de 1719, por la venta anticipada de un libro a escribir, cuyo título había de ser **The Life and Strange Surprizing Adventures of Robinson Crusoe of York Mariner**. Trescientas sesenta y siete páginas, ni una más ni una menos, tuvo que llenar su autor en poco tiempo. Merecen, pues, algunas indulgencias tanto el fárrago como los gazapos que afean la obra. Desde su aparición devoran con avidez el libro lo mismo los adultos que los niños. No es de extrañar la pronta irrupción, que aún menudea, de ediciones piratas con su adaptación para las clases populares, en aquel entonces equiparadas a los lectores infantiles. Ciento catorce de estas adaptaciones se conocían en 1969. Pronto el libro es traducido a diversas lenguas y sigue siéndolo. Según datos de la Unesco, una veintena de estas traducciones ve la luz anualmente en alguno de los 23 idiomas a que ya había sido traducido al comienzo de los años setenta.

La inspiración del argumento ha sido atribuida a la permanencia del marino escocés Alexander Selkirk, desde 1703 a 1709, en la entonces deshabitada isla de Juan Fernández. En ésta fue desembarcado por una disputa con el capitán Stradling, según consta en los relatos de su rescatador Woodes Rogers, de E. Cooke, y, sobre todo, el del científico y filibustero William Dampier, que en **A New Voyage Round the World**, libro editado en 1679, narra la expedición en la que participó Selkirk.

Mucho antes el inca Garcilaso de la Vega, en la primera parte de sus **Comentarios reales**, publicados en 1606, daba cuenta de una robinsonada antes de Robinsón: la del náufrago español Pedro Serrano, que vivió siete años en una isla desierta, donde había arribado, único superviviente de un naufragio entre La Habana y Cartagena de Indias. Tres años en solitario y cuatro más con otro náufrago, vivió Serrano una situación mucho más precaria que la de Robinsón y de Selkirk. Este, en su *maroon*, no se sintió

tan desvalido como Serrano, con sólo su cuchillo, «sin agua ni leña». Le creció el vello por todo el cuerpo «tan excesivamente que -al decir de Garcilaso- parecía pellejo de animal, y no cualquiera, sino el de un jabalí». Rescatado y repatriado a España con esta facha, que más le emparentaba con los primates que con los suidos, pasó a Alemania, donde fue recibido y recompensado por Carlos V. Dice el inca que «por todos los pueblos que pasaba a la ida, si quisiera mostrarse, ganara muchos dineros».

Sin duda más numerosas que las robinsonadas literarias (en 1969 ya se contaban 277 de estas imitaciones de la situación, que no del argumento) han sido estas robinsonadas vividas en la realidad. De cuando en cuando saltan a las columnas de la prensa casos de asombrosa supervivencia o de un naufrago, o de un «topo» de recientes

guerras, o de un niño-lobo llevando vida animalesca, o de un excéntrico aventurero, como aquel Bernard Moitessier, que, no contento con su robinsonada marítima como navegante solitario del Pacífico, se estableció en una isla de Tahití para llevar auténtica vida robinsoniana. En el futuro es de esperar la proliferación de estas robinsonadas por el auge que va tomando la difusión de técnicas autoproteccionistas frente a catástrofes, sobre todo atómicas, y también por la aparición de escuelas de aprendizaje de supervivencia en situaciones límite ocasionadas por aventuras peligrosas.

La robinsonada literaria -relato en que el ser humano arrostra en solitario o en grupo dificultades extremas para la propia supervivencia- viene a ser el desarrollo de un viejo tema que necesitó un estado muy avanzado de civilización para que resultara interesante. El Robinsón antes de Robinsón suele ser socorrido por poderes sobrenaturales. Aparte la pareja bíblica primordial, los eremitas, con su existencia de reminiscencias similarmente edénicas, ofrecen ejemplos de una maravillosa supervivencia límite, desde San Pablo, primer ermitaño, sustentado por un cuervo, hasta aquel otro Pablo que -según Benedeit, autor del siglo XII- San Brandán en su famoso viaje localizó en una isla desierta, alimentado por el pescado de una nutria y más tarde por una fuente cuya agua bastaba ella sola a mantener la vida. Un ermitaño tardío, considerado también Robinsón «predefoeico», es el **Simplicissimus**, de Gimmelshausen.

Las mitologías clásica, celta y árabe cuentan con sendos robinsones: Filoctetes en la isla de Lemnos, Merlín en el bosque de Brocelandia y Hayy bn Yaqzan, el filósofo autodidacto de Abentofail. Simbad, el de **Las mil y una noches**, es más bien un prófugo de las huestes robinsonianas: se zafa de la isla desierta, suspendido del ave Roc, y del impracticable valle de los diamantes, a vuelo de águila, envuelto en una carne enriquecida con valiosa pedrería. Todavía en 1651 aparecerá uno de los llamados «robinsones metafísicos»: el naufrago Cratilo del **Criticón**, de Baltasar Gracián. Le acompaña un precursor de Viernes, Andrenio, antecesor también del «buen salvaje» de Rousseau y de Chateaubriand. Defoe escribió una segunda parte de su novela, en la que Robinsón y Viernes regresan a la isla de su encuentro: **The Father Adventures of Robinson Crusoe** (1719). El regreso a la isla también es contemplado por Michel Tournier en **Viernes o la vida salvaje**, y Scott O'Dell, en **Zía**, la sobrina de Karana, la niña robinsona de **La isla de los delfines azules**. No es única esta robinsonada con protagonista femenino. Ya en 1833 apareció en Stuttgart **Emma, el Robinsón**

femenino. Robinsonas niñas son también las protagonistas de **Julie y los lobos** y de **La tierra que habla**, de Jean Craighead George. Niños y adolescentes arrostran asimismo las aventuras de **El Robinsón de doce años**, de Mallés de Beaulieu; de **El pequeño Robinsón**, de Lemaire; de **La isla del coral**, de Ballantyne, y de **El señor**



(Il. J. J. Grandville, **Robinson Crusoe**, de Daniel Defoe, Madrid, E. G. Anaya, 1982)

de las moscas, del Premio Nobel William Golding. Estas dos últimas tienen protagonista colectivo, al igual que otras robinsonadas, como para hacer hincapié en la necesidad de vida social para conservar la propia entereza y, tal vez, el dominio del idioma hablado. Son grupos también los héroes de las robinsonadas verneanas **Escuela de robinsones**, **La isla misteriosa**, **Dos años de vacaciones** y **Los naufragos del Jonathan**. Es asimismo grupal el protagonismo de **La familia del Robinsón suizo**, con que J. R. Wyss nacionaliza al héroe británico, al igual que los autores de **El Robinsón holandés**, **El Robinsón húngaro**, **El Robinsón austríaco**, **El Robinsón del Austria superior**, y recientemente Concha Zardoya, autora de **En la isla de Pascua. Historia de un Robinsón español**.

No sólo en islas desiertas se forjan robinsones. La situación de supervivencia precaria ha adoptado desde antiguo múltiples modalidades. Unas veces la robinsonada tiene por escenario inhóspitas

tierras polares, como la de **El Robinsón de los hielos**, de Fouinet; la del americano que orienta a los naufragos de **Un invierno entre los hielos**, de Julio Verne, y la de la

mencionada **Julie y los lobos**, de J. C. George. Esta misma autora sitúa las desiertas márgenes del Colorado a los dos muchachos protagonistas de **Ratas de río**. S. A. Fenimore Cooper tiene **El Robinsón del volcán**. Josep Vallverdú, en **El alcalde Chatarra**, sitúa a un grupo de robinsones en una tierra de nadie, entre las dos líneas de fuego de un frente de batalla. A los protagonistas de **El amigo oculto**, de Concha López-Narváez, y de **El guardián del silencio**, de Juan Farias, les bastará cualquier pueblecito abandonado de nuestra geografía. En un asteroide desierto, Saint-Exupéry hará un Robinsón de su pequeño Príncipe. Inmensidades geográficas caracterizarán a **Iván, el Robinsón del Norte** y a **Robinsón en el océano Pacífico**. Y aun toda la redondez de la tierra, asolada por una explosión exterminadora, será el colosal cosmorama donde la única pareja superviviente inicie una nueva humanidad, como en **Mecanoscrito del Segundo Origen**, de Manuel de Pedrolo.



(Il. Josep Gual, **El alcalde Chatarra**, de Josep Vallverdú, Barcelona, La Galera)

No ha faltado la explotación pedagógica del tema en la adaptación didáctico-moralizadora de J. H. Campe, **El nuevo Robinsón**. Este fue el primero que se conoció en España por una traducción del fabulista Tomás de Iriarte, anterior a las del libro original de Defoe. Rousseau, sin embargo, se contentó para su Emilio con una adaptación «pirata» del que declaró «libro básico de toda educación».

El tratamiento humorístico del tema, relativamente tardío, puede hallarse en **Los cuatro robinsones**, de Pedro Muñoz Seca; en **El barón rampante**, de Italo Calvino, y en el ya citado **Viernes o la vida salvaje**, de Michel Tournier.

Se ha considerado a Defoe como defensor del mito de la superioridad del hombre blanco. Efectivamente, Robinsón puede ser el símbolo de la fe en el progreso o, tal vez, de la sociedad de libre cambio, como lo consideró Carlos Marx. Además, por su etnocentrismo militante, puede ser considerado símbolo del arriesgado conquistador

híbrido de matamoros y misionero -escopeta en cada hombro, pistola y espada al cinto y una Biblia en la mano- que arriba a unas Indias no siempre acogedoras, con el navío no siempre a flote, decidido a redimir de su barbarie a los caníbales y también a someter a indígenas inofensivos, como el esclavo Viernes. Si pocos son los lectores, menos aún los infantiles, que han saboreado las exquisiteces de los historiadores de Indias, innumerables son, por el contrario, los que han admirado y seguirán admirando su colosal epopeya reducida a símbolo en el Robinsón de Defoe.

Esta admiración no es, sin embargo, suficiente para explicar la supervivencia y mucho menos la actualidad de un mito todavía tan caro a los autores de hoy. Yo más bien me inclino a atribuir este fenómeno a un desencanto del hombre de la civilización, solitario en medio de ingentes muchedumbres. «Comprendemos la soledad -decía hace poco Michel Tournier- porque la sufrimos en grandes ciudades habitadas por millares de individuos en vez de una isla desierta.» También el Premio Nobel Saint-John Perse en su poesía **Images à Crusoe** sitúa a Robinsón, ya de regreso a la gran metrópoli, viviendo en una buhardilla, donde, aislado incluso de su dimensión trascendente, se siente más solitario que en su añorada isla. Esta situación esquizoide, unida a la creciente inseguridad de las grandes urbes y a una mayor sensibilización para los problemas ecológicos, podría explicar por qué las robinsonadas empiezan hoy a interesarse por la segunda parte del Robinsón de Defoe, la del regreso a la vida salvaje y natural de la isla. A no ser que no opten por recomenzar la prehistoria con un Noé sin arca, que gracias a su «costilla» ha de dar a la humanidad el nuevo origen del «mecanoscrito» de Manuel de Pedrolo.

△

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo